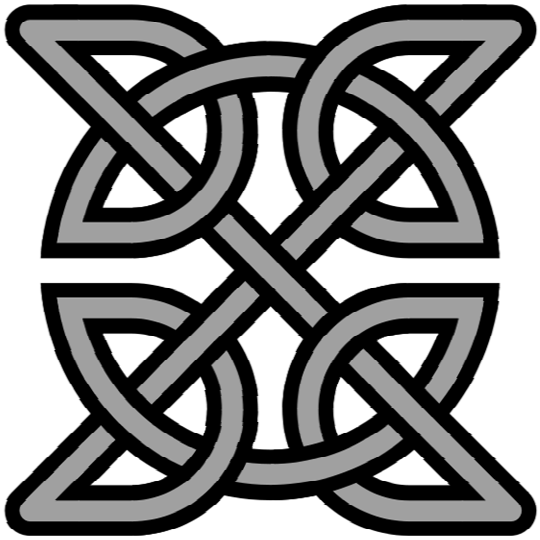
¿Qué aprender de esta cuarentena global?
—Reflexiones de un monje—

P. Mauro Giuseppe Lepori, OCist

P. Mauro Giuseppe Lepori OCist

¿Qué aprender de esta cuarentena global?
—Reflexiones de un monje—



Cursos de La Granda,
Asturias, 27/08/2020

El papel del monje en la confusión de la historia

Estoy invitado a hablar como monje sobre lo que la cuarentena global puede enseñarnos.

Vivimos en una época de incertidumbre y confusión, y no sólo desde la pandemia de Covid-19. La escena del "gran teatro del mundo", que es la historia, parece habérsele descontrolado al director y a los actores. El juego de las libertades, todas comprometidas en conseguir su propio interés, se ha convertido en una maraña inextricable. ¿Qué puede expresar y proponer un monje en cuanto monje en esta situación?

En un libro dedicado al monasterio de Optina, Vladimir Kotel'nikov escribe que "la figura del *starets* [Makarij] como columna vertebral espiritual del mundo que a él se dirigía, regeneró la estructura cristocéntrica del mundo mismo" (*L'eremo di Optina e i Grandi della cultura russa*, Milán 1996, p. 105). Del *starets* Amvrosij, el que inspiró a Dostoievski para la figura del *starets* Zosima de *Los Hermanos Karamazov*, escribe que "introducía a los que recurrían a él en el mundo cristocéntrico ordenado y luminoso donde él mismo se encontraba. Allí donde la persona rencontraba el orden, la libertad y la fuerza para oponerse al caos de la existencia y a las debilidades de la vida." (Ibidem, p. 147).

Me doy cuenta de que, si la vocación monástica debe tener un papel en la escena de la historia, este papel debe ser precisamente el de ayudar a todos los actores a encontrar una salida a la confusión. Salir de la confusión no significa dejar la escena del mundo, sino encontrar el factor de unidad del proceso de la historia.

¿Cómo encontrarlo de nuevo? En primer lugar, rencontrando la conciencia de que no creamos nosotros este factor de unidad. Es un "factor" en el sentido literal del término, es un Sujeto "que hace", que obra, y no un producto de nuestras manos o de nuestra mente. Dios confundió los idiomas de los constructores de la Torre de Babel, no porque estuviera celoso de su trabajo, sino porque se engañaron a sí mismos considerándose los garantes de su unidad y armonía (cf. Gn 11, 1-9).

El verdadero factor de unidad para toda la escena del gran teatro del universo es la libertad amante de Dios que lo crea y lo permite todo con un sentido, con un plan. Por esta razón, no se sale de la confusión de la sociedad, la cultura y la historia, o de una existencia personal, sin detenerse a escuchar al Factor y Director del universo. Sólo Él puede sugerirnos lo que en cada momento de cada época nos permite asumir un papel en la historia que nos ayude a nosotros y a otros a salir de la confusión.

Dios no renuncia a nuestra libertad

En todo esto, sin embargo, es esencial recordarnos a nosotros mismos que Dios nunca renuncia a la libertad, ni a la suya ni a la nuestra. Cuando exigimos que Dios actúe, siempre queremos que renuncie a la libertad, que renuncie a la misteriosa libertad de su plan para la historia. Quisiéramos que Dios renunciara sobre todo a *nuestra* libertad, la libertad que nos ha dejado hasta el punto de permitirnos rebelarnos contra Él, de traicionarlo, de elegir el mal y la muerte. Sobre todo, quisiéramos que Dios suprimiera la libertad de nuestros enemigos, de los que nos oprimen, de los que abusan del poder, de los que no respetan la libertad de los demás. Cuando la confusión es extrema, y se vuelve peligrosa para todos, nos gustaría que la libertad de Dios interviniera anulando la nuestra. No por nada, es en estos tiempos que los regímenes o ideologías totalitarias tienen campo para jugar.

Pero Dios no renuncia a nuestra libertad porque, si lo hiciera, todo el proceso que se extiende desde la creación hasta la Parusía perdería su significado, su propósito, y, por lo tanto, se escaparía al diseño de Dios. El significado de todo es que la libertad del co-

razón del hombre ame eternamente a Dios que lo ama desde toda la eternidad.

Deberíamos leer también en un sentido escatológico el diálogo entre el Cristo resucitado y Simón Pedro en la orilla del lago de Genesaret. Todo el proceso de la historia puede ser tan confuso y lleno de carencias y fragilidad como la vida y el corazón de Pedro, pero Dios no renuncia a que el sentido de todo, incluso del pecado y la traición, sea que el hombre pueda responder "¡Sí, te amo!" a su amor infinito.

Toda la escena del capítulo 21 de San Juan podría ser leída como una parábola escatológica sobre el sentido del cosmos y la historia. La pesca estéril de esa noche parece describir el esfuerzo humano dirigido a una fertilidad que el hombre por sí solo no puede darse. La llegada de Jesús a la orilla, al final de la noche, es como su llegada al final de los tiempos, cuando Él mismo dará sentido y cumplimiento a todo el proceso de la historia. Juan, de hecho, reconoce que "es el Señor" (Jn 21,7). Pero la verdadera realización de la historia no es la pesca abundante, es decir, el éxito de la historia, sino que el hombre pecador, el hombre frágil incapaz de garantizar la fidelidad y el coraje que la vida requiere, diga a Dios "¡Te amo!" con humilde verdad, reconociendo que todo es gracia.

Vigías del mar nocturno

Cada vez más me doy cuenta de que la vocación monástica es despertada por el Espíritu Santo, de muchas formas, incluso no consagradas, incluso no cristianas, para que haya entre los actores del gran teatro del mundo personas que no tengan que desempeñar un papel, sino que escuchen a Dios para recibir la Palabra capaz de unificarlo todo. El papel principal del monje es el silencio que se detiene a escuchar al Señor del cosmos y de la historia para transmitir a la comunidad humana lo que Dios sugiere desde la libertad de su amor divino a la libertad humana creada para amar a imagen de la Trinidad creadora.

El mundo necesita centinelas de la historia que miren más allá de la situación actual. Mejor: necesita vigías, es decir, marineros que

se mantengan en el punto más alto de un barco, cuyo papel no sólo es garantizar el statu quo, sino permitir una buena navegación, evitando las rocas, protegiéndose de los piratas, escudriñando las estrellas en busca de dirección y anunciando la aproximación del puerto al que se dirige el barco. El puerto de llegada es el sentido de la navegación. Pero hace falta alguien que explore el horizonte, que sepa orientarse con las estrellas, que atisbe el puerto desde lejos, y que comunique todo esto a la tripulación del barco.

Parece que a San Benito le gustaba vigilar y rezar durante la noche desde la ventana en la cima de una torre del monasterio. Fue desde allí que tuvo una visión mística muy significativa, poco antes de morir. Vio al mundo entero reunido en un solo rayo de sol, y también en esta luz vio el alma de un obispo amigo llevada al cielo por los ángeles en una esfera de fuego (cf. *Diálogos*, II,35). Me gusta pensar en esta oración en posición de centinela, en la ventana del monasterio en la montaña, mientras todos duermen. Este debería ser el ministerio profético de la vida monástica.

Tal vez un primer aspecto de la novedad creada por la pandemia y la cuarentena es que la gente ha sentido la necesidad de verdaderos centinelas, personas que sepan escudriñar el horizonte incluso cuando éste desaparece en la niebla y la noche. En sí mismo, siempre deberíamos sentir esta exigencia, pero antes de la pandemia, pocas personas se dieron cuenta de que la nave del mundo estaba navegando sin orientación.

No hay nada más peligroso que un progreso sin orientación, es decir, sin sentido, que no sabe hacia dónde va. Vivir un proceso histórico sin orientación cancela el mismo proceso, lo hace estéril. Un barco a la deriva siempre está en peligro y es en sí mismo un peligro. Una nave que sabe adónde va puede pasar a través de las tormentas.

La parada de todo durante la cuarentena ha puesto de manifiesto la incapacidad del mundo político, económico y cultural para discernir una orientación. El progreso era el único sentido que tenía nuestra sociedad. Quitado el progreso, se le ha quitado su sentido.

Cuanto más reflexiono sobre la experiencia de estos meses, más me doy cuenta de que la referencia a la vida monástica que la cuarentena ha sugerido a muchos no es sólo sentimental. Durante un par de meses, sin olvidar el aspecto dramático y a veces trágico de la pandemia, pudimos soñar despiertos que la sociedad estaba descubriendo que se puede vivir mejor con sobriedad, en silencio, sin consumir inútilmente, sin seguir viajando, en la sobriedad y serenidad de las relaciones familiares y vecinales, disfrutando del tiempo para profundizar en lo que alimenta el alma y la amistad con la gente. El momento presente tomó profundidad y belleza.

Al fin y al cabo, se vivió una cuaresma universal en el sentido en que San Benito la entiende en su Regla: un tiempo en el que los monjes vuelven a cultivar y conservar lo que siempre debieron vivir, pero del que normalmente, por fragilidad y negligencia, se alejan para ocuparse de lo que es vano y superficial (cf. RB 49, 1-3).

Pensemos sólo en cuántos fieles, católicos y no católicos, cristianos y no cristianos, han seguido diariamente a través de la televisión o los medios informáticos un acto religioso: la misa del Papa o de otros pastores, momentos de oración o catequesis. La regularidad de los gestos ascéticos cultivados en los monasterios se convirtió en una experiencia cotidiana, en las familias y para las personas solitarias. Incluso había grupos de personas que se conectaban para rezar juntos o para compartir la palabra de Dios u otros textos capaces de llamar a una vida más intensa. Por los mismos medios, muchos fueron en busca de la palabra de personas sabias y con autoridad capaces de ayudarles a vivir con intensidad las circunstancias actuales.

En resumen, era como estar en una gran comunidad monástica en la que se cultivan los gestos y los momentos edificantes, que forman para una relación verdadera y responsable con la vida y la realidad, con toda la realidad, desde nuestro corazón a todos los corazones, desde nuestra humanidad a todo lo creado.

Estos gestos y estas buenas costumbres son ya un recuerdo para muchos, pero lo importante es que nos demos cuenta de que más que proponer formas de vida ascéticas, el monacato encarna una antropología teológica capaz de responder a la crisis de la historia, permitiéndonos atravesarla de manera positiva. Así es como San Benito salvó y remodeló de una manera nueva la sociedad y la cultura europea de la confusión y la corrupción en la que incluso las civilizaciones más grandes y refinadas pueden empantanarse.

La nostalgia no es una relación madura con las cosas bellas y positivas que experimentamos, porque no nos permite continuar la experiencia en el presente en el que vivimos. Pero si de la experiencia hecha se deriva una conciencia más verdadera y profunda de nuestra propia humanidad, de la intensidad humana con la que podemos vivir, entonces entendemos que la experiencia que hemos hecho, podemos mantenerla viva, incluso recurriendo a las formas y gestos que nos han ayudado a ampliar la conciencia de nosotros mismos. El problema no es formal, no es tener una regla de vida, ser fiel a los gestos y momentos, sino de amar la verdad de nosotros mismos y de las personas con las que vivimos.

Porque, al fin y al cabo, el verdadero problema de la historia no es el progreso de la historia, sino el de la humanidad, de la intensidad con que el ser humano vive su humanidad, su vocación humana, que es una vocación divina, porque el hombre es creado y querido por Dios a su imagen y semejanza. La historia terminará, y muchas eras de la historia ya han terminado, pero el hombre tiene un destino eterno, y es de esto de lo que somos responsables.

Lo que Benito ha sembrado en la historia no son tanto los monasterios, las bibliotecas, las iglesias, los campos bien cultivados y las artesanías bien hechas. Ni tan siquiera los Cistercienses sembraron sólo esto en la nueva Europa que estaba germinando en el siglo XII.

Lo que Benito sembró es una novedad antigua y siempre nueva en la vivencia de la propia humanidad, una mirada hacia el hombre, una conciencia de sí mismo y de los demás iluminada por el

acontecimiento cristiano que devolvió al mundo la mirada original de Dios cuando creó al ser humano a su imagen. Ayudarse y ayudar a vivir esta conciencia de la humanidad es el gran regalo de santos como Benito, como de los grandes Papas que han sido dados a la Iglesia desde más de un siglo.

Una espina en la carne del mundo

San Gregorio Magno cuenta que San Benito se retiró a Subiaco, abandonando sus estudios en Roma, en un momento en que la civilización romana se estaba derrumbando. Uno podría pensar que huyó solamente para salvarse. En realidad, las consecuencias de su elección en los siglos venideros han demostrado que este joven era consciente de que la crisis de su tiempo exigía que primero fuera al fondo de la crisis de su corazón. En otras palabras, intuyó que la globalidad del problema del mundo y de la historia necesitaba que él afrontara en profundidad el problema de su corazón, de su libertad, de su vida. Si hubiera continuado sus estudios, quizás se habría convertido en un brillante orador, quizás un senador, pero en definitiva en uno de esos tantos que reaccionan a la crisis de la historia sólo con palabras, teorías y opiniones, como casi todo el mundo lo hace hoy en día. En cambio, se retiró para hacer frente a la crisis del mundo yendo a su raíz: el problema del corazón humano lleno de deseo inquieto y de incapacidad de realizarlo.

Porque, fundamentalmente, el problema del cosmos y el problema de nuestro corazón son idénticos: un deseo, una necesidad consciente o inconsciente de plenitud, de bondad, de vida, de realización, de felicidad y una impotencia radical para realizarlo. Cuando Jesús dijo: "¿Qué ventaja tiene un hombre que gana el mundo entero, pero se pierde o se arruina a sí mismo?" (Lc 9, 25), planteó la pregunta crucial sin responder a la cual se vuelve vano e insustancial tratar con la historia, con el "mundo entero". Porque el problema es que el significado del mundo entero no es el mundo entero, sino lo que da sentido al corazón humano. Al colocar el corazón del hombre en el cosmos, Dios ha puesto como una espina en la carne del mundo: el cosmos tiene dentro de sí un punto, pequeño y frágil como sea, que asegura su conciencia global. La última estrella de la última galaxia del universo en expansión

tiene en el corazón humano su punto de conciencia, sin el cual no tendría sentido, como si no existiera.

San Benito ha tenido pocas "experiencias místicas", pero la que tuvo parece describir este misterio. Como decía, vio el mundo entero reunido en un solo rayo de sol. San Gregorio explica así esta visión: "Para el alma que ve al Creador, toda la creación es pequeña. (...) La mirada del espíritu (...) ve las cosas en Dios y se hace inmensa, más grande que el mundo" (*Diálogos*, II, 35).

Esta visión describe hasta que conciencia del cosmos puede llegar quien abre su corazón a la gracia, quien se plantea el problema del cosmos y de la historia desde el problema de su propio corazón, quien se pregunta por el problema del mundo y de la historia sin evadir el problema fundamental de nuestra libertad.

El coronavirus y la economía tienen sus propias leyes, sus propios procesos, que a menudo parecen enloquecer, rebelarse contra el hombre, pero ninguna ley física, biológica o económica es mayor que la libertad de un solo corazón humano. El virus hace daño sin conciencia; el corazón puede sufrir las peores consecuencias de un virus con conciencia y dar sentido a lo que sufre. El corazón humano es capaz de sufrir, de perderlo todo, incluso la vida, *con una libertad que lo domina todo*, que salva al corazón de la ruina. Y de esta manera, salva al mundo y a la historia, realizando su sentido, porque el sentido del cosmos y de la historia es la libertad humana capaz de amar dando la vida.

Pero dicho de este modo, uno no entiende lo que esta libertad significa y cómo ésta se realiza. Es como si tuviéramos que descender más en profundidad en el misterio de la capacidad que Dios ofrece al corazón humano de realizar su propia libertad dando sentido al cosmos y a la historia.

La obra de Dios en el obrar humano

Cuantos más años pasan, más me doy cuenta de que el núcleo de la experiencia y el carisma monástico de San Benito no está definido tanto por la fórmula "*ora et labora*" sino por la conciencia y la práctica del "*opus Dei*", de la "obra de Dios", por parte del

hombre. San Benito define con la expresión "*opus Dei* – obra de Dios" la liturgia monástica, el Oficio divino que constituye la estructura de la vida del monasterio. No se trata sólo de "hacer" oraciones o liturgias. Se trata verdaderamente de dejar que la obra de Dios tenga lugar en la vida y en la obra del hombre, de permitir que la vida y el tiempo se conviertan en el lugar donde Dios trabaja, donde se realiza la obra divina. San Benito dejó el mundo para que su corazón se consagrara a dejar que Dios obrara en el mundo. No en un sentido milagroso, o incluso mágico, sino precisamente a través del hombre, a través de la obra del hombre. La posición cristiana ante el drama del mundo y dentro del proceso de la historia no es ni de abandonar el mundo a su propio obrar, ni de esperar que Dios actúe mágicamente en el mundo pasando por encima del hombre y su libertad. La posición cristiana es encarnar en el mundo la obra de Dios, ofrecer a Dios una humanidad que se convierta libremente en un instrumento de la obra de Dios en el mundo y en la historia.

Hace unas semanas, en un Webinar que me conectó con personas comprometidas en recrear oportunidades de trabajo en la realidad extremadamente crítica de América Latina, particularmente Venezuela, hablé sobre la visión benedictina del trabajo. Destaqué, entre otras cosas, una frase de la Regla que para mí es como una gota de rocío que refleja todo lo que acabo de decir sobre la relación entre la obra de Dios y la obra del hombre. En el capítulo 50, San Benito explica cómo deben rezar el Oficio los hermanos que trabajan fuera del monasterio. Pide que a la misma hora en la que la comunidad reza en la iglesia, "hagan la Obra de Dios en el mismo lugar donde trabajan – *agant ibidem Opus Dei ubi operantur"* (RB 50,3).

Para mí esta frase es una maravillosa definición de la posibilidad que se nos da de consagrar el trabajo humano. La actitud y el gesto de la oración permite inserir la obra de Dios en la labor humana, para que ésta exprese la obra de Dios. Se realiza como una coincidencia física entre las dos obras, una verdadera y real sinergia divino–humana. Y esto hace que todo se convierta en una única obra de Dios. Detrás de esta expresión encontramos la fe en el misterio de la Encarnación: en Cristo y para Cristo, y en el misterio de su Cuerpo que es la Iglesia, lo humano y lo divino coinci-

den, se realizan en el mismo tiempo y en el mismo lugar. Y esto transforma la realidad humana, la cultura humana, en realidad divina, sin dejar de ser humana.

Esto es lo que realmente responde a la crisis de la historia. Porque la conciencia del cosmos, que es el corazón humano, clama por si misma que el hombre no puede salvarse a sí mismo ni salvar al mundo. Pero al mismo tiempo, se siente responsable de esta salvación, sabe que la salvación del mundo depende de él. Sólo viviendo su propia labor con la conciencia de que es de la obra de Dios de que estamos necesitados, todo lo que el hombre hace se convierte en un acontecimiento que transforma el mundo. Hasta el más pequeño gesto, hasta la obra más oculta, como la oración en la celda de un ermitaño, o el más humilde servicio en el ámbito familiar, se convierte en un acontecimiento que introduce una semilla de novedad humanamente imposible en el proceso histórico, porque es una novedad divina y eterna.

Que la obra de Dios pueda tener lugar a través de la obra del hombre, como dije, es algo que tiene las dimensiones y el valor de la Encarnación. Dimensiones y valores paradójicos, que hacen que lo divino y lo humano, lo infinito y lo finito, la ganancia y la pérdida, la gloria y la cruz, la sabiduría y la locura, la victoria y la derrota, la omnipotencia y la debilidad, coincidan sin confusión... La eternidad y el tiempo coinciden en el momento presente en el que el hombre vive.

El momento presente: festinatio cum gravitate.

Uno de los aspectos más impresionantes de la cuarentena global ha sido ver cómo detenerlo todo nos ha devuelto al desafío del presente, el momento presente. Hemos descubierto que éramos capaces de hacer mucho, pero incapaces de... no hacer nada, de detenernos, de vivir la confrontación con el presente, y por lo tanto con la realidad, porque la realidad es sólo presente. En nuestros proyectos y planes siempre nos proyectamos hacia un tiempo que debe llegar. Pero la realidad es sólo presente.

Para muchos esta experiencia ha sido una pesadilla. Para muchos otros fue una oportunidad para descubrir que en el mo-

mento presente habita lo eterno, una plenitud que pone al corazón en relación con el infinito. Muchos han descubierto, o redescubierto, incluso en los monasterios de clausura, que el instante presente es el instante de Dios con nosotros, de la presencia de Dios a la que estamos invitados, como una cita amorosa. Hemos descubierto que a menudo no tenemos tiempo para Dios porque no nos detenemos ante Él. Hemos descubierto que Dios no nos pide tiempo, sino el momento en que vivimos. No nos detenemos porque imponemos a la realidad un ritmo que no es real, que no corresponde a la realidad tal como se da. Huimos del real presente para correr hacia citas no fijadas sino por nosotros mismos, o de la cultura que nos domina, en un espacio que no es real, un espacio soñado o al menos planificado.

San Benito educa a la presencia en el presente con gestos regulares de oración que marcan el día. El tiempo que construimos y planeamos, San Benito lo "rompe" regularmente, durante la noche, pero especialmente durante el día, cuando estamos activos y conscientes. Pero no es el tiempo lo que se rompe, sino nuestro proyecto sobre él, nuestra pretensión de tenerlo en nuestras manos y controlarlo, para hacer lo que queramos con él. La obra de Dios entra así en la obra o las obras del hombre como a través de una herida, una fractura de nuestra obra, un "partir" nuestra obra que permite a las manos de Dios hacérsela suya, la obra en la que se da su presencia eucarística.

San Benito, en el capítulo 43 de la Regla, pide que "a la hora del Oficio Divino, tan pronto como se oiga la señal, habiendo abandonado todo lo que tiene en sus manos, se debe venir con la mayor rapidez [*summa cum festinatione curratur*], pero sin embargo con gravedad [*cum gravitate tamen*], para no fomentar la superficialidad [*ut non scurrilitas inveniat fomitem*]. Nada, de hecho, debe ser preferido a la obra de Dios" (RB 43, 1-3).

Festinare cum gravitate, darse prisa con gravedad. Me doy cuenta, mirando cómo vivimos casi todos, cómo va el mundo y también la Iglesia, que es quizás precisamente esta posición humana la que más necesitamos recuperar hoy. Es una forma de vivir, de concebirnos a nosotros mismos, al tiempo, a las cosas y a las relaciones, al deber y al placer, en definitiva, a toda nuestra

relación con la realidad, que nos haría humanamente intensos. Es un dinamismo tenso que, sin embargo, se adhiere al momento presente, sin volar sobre él. San Benito parece hablar de ello de paso, y con relación a un aspecto parcial de la vida del monje, pero si se lee la Regla con atención, se comprende que en esta frase ha sintetizado toda la verdad humana y cristiana a la que el monacato quiere educarnos en todos los ámbitos de la vida.

Grávidos del Verbo

Es útil y esclarecedor poner este pasaje de la Regla en relación con el episodio de la visita de María a su prima Isabel. También en Lucas 1,39, inmediatamente después de la narración de la Anunciación, la Vulgata usa la expresión "*cum festinatione*" para describir el apresurarse de María hacia la región montañosa de Judea donde quiere encontrar y servir a su pariente mayor en el sexto mes de embarazo. El Evangelio no habla de "*gravitas*" a propósito del ir de María, pero no es difícil imaginar con qué gravedad María, consciente de llevar al Hijo de Dios dentro de sí misma, vivió cada paso de su viaje, cada respiración, cada mirada; con qué conciencia vivió el instante, la relación con toda la realidad que atravesó. En italiano la mujer embarazada se dice "*gravida*", en "*gravidanza*". Verdaderamente, en María la "*gravitas*", el "peso" y la importancia de la presencia del Verbo Encarnado, tenía que llenar cada momento de intensidad, plenitud, sacralidad y gloria. Imaginemos con qué gravedad la Virgen, mientras se apresuraba por esos caminos de montaña, se adhería a cada paso, a cada respiración, a cada latido de su corazón, a través de la conciencia del Misterio que había en ella, haciéndolo todo importante, todo "*grávido*" de Cristo.

La mujer embarazada espera, se apresura a dar a luz, desea el día en que verá al niño cara a cara, pero al mismo tiempo vive cada momento "*grávida*" de la conciencia de la presencia del niño en ella. Cada paso, cada gesto de los nueve meses de espera se vive con la gravedad de la cada vez más consciente y perceptible presencia, incluso física, del bebé. ¡Cuánto más si el niño es el Hijo de Dios!

En el primer retiro de unos días que hice en mi abadía de Hauterive, todavía como estudiante universitario, lo que más me impactó en los monjes, y en mí mismo viviendo con ellos, fue la gravedad de los pasos, fue el caminar percibiendo cada paso, en silencio. Lo expresé en un poema muy breve: "Incluso a las golondrinas les basta el espacio infinito del claustro. Eres sólo aliento y ruido de pasos".

Por eso, encuentro que caminar por las montañas es muy educativo para la verdad humana. Uno sube a una cumbre, pero percibe cada paso; cada paso está lleno de cansancio, tensado hasta la meta, y cada momento es sensible tanto a la respiración y los latidos del corazón como a la belleza que nos rodea, anticipación de la meta en la que se contemplará todo desde arriba. Es un símbolo de la vida que tiende a un Destino final, pero un Destino que se ha hecho presente en el instante, en la carne de cada instante presente.

La vida es una carrera, pasa rápidamente y pide mucho, pero sobre todo pide gravedad, porque la prisa huye del instante presente, y corre el riesgo de transformar la obra de Dios en nuestra obra; el encuentro con Dios, en encuentro con nosotros mismos. La gravedad nos educa para entrar en el presente ya durante el camino. La señal de la obra de Dios es un llamado a adherirse a Él aquí y ahora. Sólo así el momento litúrgico en la iglesia será también un instante de verdadera coincidencia entre lo eterno y lo presente.

Servidores útiles de la humanidad

Durante estos meses de cuarentena global comprendí, sin todavía poder formularlo, que es precisamente esta "*festinatio cum gravitate*" lo que el mundo entero necesitaría, y esto es lo que la Iglesia, y en particular la vida monástica, debe ofrecer. Porque es una posición más humana para todos. No es una solución a los mil problemas, sino una manera de enfrentarlos, de pasar por ellos creciendo humanamente, creciendo en la verdad humana.

Se trata de una posición humana, una conciencia de sí mismo que tiende hacia el Destino, que nos hace verdaderamente res-

ponsables, operacionalmente atentos a lo que cada momento pide y da. Sin esto no se está verdaderamente atento a la necesidad que encontramos, al pobre que encontramos, o a la responsabilidad universal de cada uno de nuestros pequeños gestos, de cómo tratamos todo lo que se pone en nuestras manos, como bien nos invita la *Laudato Si'*.

No se trata de imponer la fe, sino de proponer la intensidad humana que le fe produce en quienes la experimentan. Se trata de vivir todas las cosas *grávidos* de la conciencia de que Dios está presente, que el Verbo se ha hecho carne y habita nuestra humanidad en la capilaridad de cada momento, encuentro y circunstancia.

Esta es la obra de Dios que penetra en la obra del hombre. Entonces es esta misma experiencia la que proclama a Cristo, la que da testimonio de él, la que hace que su belleza y su verdad sean evidentes para cada hombre y cada momento de la historia. Es decir, es el caminar mismo, el vivir de esta manera, la "*festinatio cum gravitate*", el tender a Cristo saboreando la densidad de su presencia aquí y ahora, lo que da testimonio de la obra de Dios, es decir, de Cristo que salva al mundo.

Vivir con esta conciencia, ya se sea un humilde agricultor o el presidente de una nación, hace que la vida sea útil para la humanidad. Porque ya no es el poder el propósito de la propia labor, sino el servicio que ella encarna a través de todo. El que sirve a la obra de Dios permite que ella suceda, y nada sirve mejor a la humanidad que la obra de Dios que salva al mundo. No principalmente por lo que uno hace, sino por lo que uno es. Para San Benito, el ser de la persona se realiza en la obra de Dios. De hecho, todo es obra de Dios. El que obra en docilidad a la obra de Dios, obra con su ser, así como Dios mismo obra todo con el amor que es.

La Virgen María, en casa de Isabel, ciertamente ha trabajado, ha prestado un servicio concreto y ha hecho cosas útiles y necesarias, pero el Evangelio destaca sobre todo la intensidad de su presencia, de su estar con los demás atenta a todo, pero siempre consciente de la presencia del Verbo Encarnado. Como en las bodas de Caná; como al pie de la Cruz.

San Benito nos dice que cuando falta la *gravitas*, incluso correr para ir a rezar se convierte en *scurrilitas*, vana superficialidad (RB 43,2). Cuánta gente en el mundo, y en la Iglesia, pueden hacer cosas importantes, tener grandes responsabilidades, estar a la cabeza de las "superpotencias", ser extremadamente activa y eficaz, y sin embargo, traicionan una terrible superficialidad, una terrible inconsistencia humana.

La gran urgencia, hoy como siempre, es ofrecer al mundo una posición humana, un moverse y un pararse, un correr con gravedad, que sean testigos vivientes de que el Verbo se hizo carne y habita entre nosotros para dar sentido y cumplimiento a cada momento de nuestra vida como a todo el cosmos y a toda la historia.

Cistercium Mater Nostra